

**D**escubrí a Rimbaud, en 1956, cuando tenía dieciséis años. Yo estudiaba en el internado de Cranbrook, un colegio masculino en las afueras de Detroit, donde apagaban las luces a las diez. Pero solía salir sigilosamente de mi habitación e ir a los retretes, donde había una tenue luz de techo, y me sentaba en la taza tanto rato que las piernas se me entumecían. Fuera, el viento espoleaba la nieve a altas y blancas derivas acalladoras; dentro, el dormitorio estaba sumido en un silencio inquietante. Yo leía una y otra vez los poemas de Rimbaud. Aunque me habían dado un premio en lengua francesa, el vocabulario y la gramática de Rimbaud me resultaban demasiado difíciles, y siempre tenía que desviar la mirada de la página izquierda del francés original y echar una ojeada furtiva a la página derecha de la traducción inglesa, de 1952, de Louise Varèse. Alentado por el delirio sensual del largo poema «El barco ebrio», me dejaba flotar hasta climas exóticos.

Siendo yo un desgraciado adolescente gay, sofocado por el aburrimiento y la frustración sexual, y paralizado por el odio hacia mí mismo, anhelaba huir a Nueva York y triunfar como escritor; me identificaba completamente con los deseos de Rim-

baud de ser libre, de ser publicado, de ser sensual, de ir a París. Lo único de lo que carecía era de su arrojo. Y de su genio. Dedicaba las tardes, cuando la mayoría de los demás chicos hacían deporte, a hacer a toda prisa los deberes. Así estaba libre durante las dos horas de estudio obligatorio al final de la tarde para trabajar en mi novela. Escribí una primera novela y, luego, una segunda. Mi madre, siempre indulgente, pidió a su secretaria que mecanografiara mis nítidas páginas manuscritas. Mi idea era que las mandaría a un editor de Nueva York, quien las aceptaría, yo ganaría una fortuna y huiría. Abandonaría mis dos hogares, el paterno y el materno (mis padres estaban divorciados), me liberaría de su dinero, dejaría mi escuela ¡y me mudaría a Nueva York! Imaginaba que un hombre mayor se enamoraría de mí y lo haría todo por mí.

Por alguna razón nunca mandé mis manuscritos. Quizá no sabía dónde mandarlos; después de todo, nunca había conocido a un escritor profesional, y se me hacía tan factible que una criatura así de fabulosa habitara nuestro mundo del medio oeste americano como ver pasar de repente a un unicornio al galope por delante de las ventanas de mi dormitorio. O quizá temía que alguien aceptara mi libro, que lo publicaran, que me viera obligado a realizar todas mis fantasías; y la idea de ver cumplidos mis deseos se me hacía más alarmante que prolongar mi dependencia y mi frustración. Después de todo, en el decimonónico pueblo católico de Rimbaud, quizá un homosexual fuera un pecador o un criminal, pero en la Norteamérica freudiana de los años cincuenta, era un enfermo que requería un tratamiento urgente. Un pecador podía insistir en querer ser un Hijo Pródigo, un criminal podía querer

ser irredimible, pero nadie podía luchar por el derecho a ser un enfermo.

El mito de Rimbaud me parecía a la vez enigmático y emocionante. En un pequeño libro sobre Rimbaud, de Wallace Fowlie, publicado por New Directions en 1946, apenas una década antes, leí estas fascinantes palabras: «Una relación entre dos poetas del mismo sexo, aunque tenga una base física, puede aportar una camaradería y un estímulo intelectual intensos. La homosexualidad, en el sentido más elevado, se cimienta en lo intelectual. Representa fundamentalmente un concepto estético del amor, donde la belleza de un joven busca la sabiduría de un hombre mayor, y donde la sabiduría contempla la belleza». Luego Fowlie saca a relucir las ideas de Platón en el *Simposio*. No descubrí hasta hace muy poco que Fowlie era un defensor del modernismo y un católico que permaneció célibe durante cuarenta y cinco años, y que luego escribió un último libro, en los años noventa, sobre Rimbaud y Jim Morrison, ¡el cantante de The Doors!

Estas ideas sobre la homosexualidad «en el sentido más elevado» eran muy embriagadoras, «aun» siendo físicas, y se adecuaban a la vida del gran bailarín ruso Vaslav Nijinsky y a su trágica relación con Sergei Diaghilev, su amante y promotor, el fundador de los Ballets Rusos. Mi madre me había dado una biografía de Nijinsky justo antes de que yo descubriera a Rimbaud, y allí también leí:

Incluso la ilimitada admiración que sentía Diaghilev por el bailarín Nijinsky se veía eclipsada por su apasionado amor hacia el propio Vaslav. Eran inseparables. Los momentos de insatisfacción y de tedio que otros sentían en una relación mutua similar nunca

les sobrevinieron a ellos debido a su intenso interés por el mismo trabajo. Hacer feliz a Sergei Pavlovich no era ningún sacrificio para Vaslav. Y Diaghilev aplastaba cualquier idea de resistencia que hubiera podido surgir en la mente del joven con los conocidos relatos de los griegos, de Miguel Ángel y de Leonardo, cuyas vidas creativas dependían de la misma intimidad que la de ellos.

Leer que los dos hombres «eran uno en la vida privada» me entusiasmó, lo mismo que me convencía a medias el argumento de Diaghilev de que la heterosexualidad era una necesidad animal de procrear, «pero que el amor entre dos personas del mismo sexo, aunque sean bastante normales, es creativo y artístico debido precisamente a la semejanza de sus naturalezas y a la ausencia de una presunta diferencia». Insólitamente, aquel extraño y cuestionable homenaje a la homosexualidad se debía a la pluma de Romola, la esposa de Nijinsky (no tan extraño quizá, puesto que Romola, como supe hace muy poco, era lesbiana).

No obstante, el único problema en el caso de Rimbaud era que Rimbaud, el joven, dominaba a Verlaine, el poeta de más edad. Rimbaud era el principal, el «Esposo infernal» y Verlaine, diez años mayor y casado, era la pasiva «Virgen fatua». Durante un tiempo yo aludía al presente libro como «Rimbaud: Adolescente Principal». Sin duda, Rimbaud disfrutaba escandalizando a sus amigos heterosexuales más mayores reivindicando lo otro. Una vez dijo de Alphonse Daudet, el novelista macho provenzal: «Puede satisfacerse sobre mí cuanto quiera. ¡Pero quiere que yo practique sobre él! ¡De ninguna manera! Es demasiado asqueroso. Y tiene una piel horrible».

Rimbaud no solo controlaba, acosaba y aterrorizaba a Verlaine en el dormitorio, sino que también buscaba predominar en el conjunto de su obra, pese a la reputación consolidada y al historial de publicación de Verlaine. Rimbaud fue el fervoroso revolucionario que pensaba que la poesía ha de romper con la tradición e inaugurar una nueva era de la historia humana. Como declaró Paul Valéry: «Antes de Rimbaud toda la literatura se escribía con el lenguaje del sentido común».

Si Rimbaud fue el poeta más experimental de su época, alguien que en los cuatro breves años de su carrera logró tener tres estilos completamente distintos, Verlaine fue una voz mucho más lírica, alguien cuyos excelentes versos se acercaban a los delicados esquemas rítmicos de la canción (de hecho, Debussy los musicalizó), un poeta de la melancolía y de las sombras, de un frágil catolicismo intensamente personal y del tiempo primaveral del amor. En 1890, considerando cuanto había producido, Verlaine dijo que las constantes de su estilo incluían «una forma libre de versificación ... aliteraciones frecuentes, algo parecido a la asonancia en el cuerpo de la estrofa, rimas más raras que ricas, la palabra exacta en ocasiones evitada adrede o casi. Al mismo tiempo, el contenido triste y diseñado para serlo...». En esta afirmación Verlaine subrayó acertadamente la tristeza y la formalidad estricta de sus característicos versos.

En el librito de Fowlie, no más extenso que este, aprendí que Rimbaud había cortejado a Verlaine alejándole de su esposa; que habían huido a Londres; que allí casi habían muerto de inanición; que en Inglaterra se habían vinculado con los antiguos *communards*; los anarquistas que, en 1871, habían intentado, sin éxito,

establecer París como una ciudad-estado libre y que se vieron obligados a huir a Inglaterra. Verlaine, temiendo haberse equivocado al abandonar a su esposa y a su hijo, se apresuró a volver al Continente, adonde le siguió un Rimbaud trastornado. En Bruselas tuvieron otra pelea. Verlaine disparó a Rimbaud y le atravesó la muñeca, y el hombre de más edad fue condenado a dos años de cárcel. En la cárcel, Verlaine regresó a la fe católica y escribió poesía piadosa, pero cuando le liberaron corrió junto a Rimbaud, con el rosario en la mano, del mismo modo que, más tarde, Oscar Wilde sería encarcelado por homosexualidad, se arrepentiría, escribiría una piadosa confesión y, tras cumplir una condena de dos años, buscaría a lord Alfred Douglas, el motivo de su ruina.

Rimbaud, leí, dejó un importante cuerpo de trabajo, pero renunció a su carrera a los diecinueve años, se marchó a África, hizo dinero con el tráfico de armas, enfermó y murió a una edad muy temprana. Verlaine, genial y borracho, seguiría tambaleándose varios años más; escribiría un esbozo biográfico de Rimbaud, haría publicar sus obras y se entregaría a promocionar la fama de su amor perdido. La carrera literaria de Rimbaud duró cuatro años, y murió a los treinta y siete; Verlaine publicó durante un período de treinta años, y murió a los cincuenta y uno. Verlaine fue un superviviente, aunque también fue un bufón que, dando tumbos, pasaba de los hombres a las mujeres, del vino a la absenta, del hospital a la cárcel y a la cuneta, sin dejar de producir puros poemas musicales que le convirtieron en el líder espiritual de los simbolistas. Estando aún en la escuela, leí una novela del escritor de fin de siglo Anatole France, titulada *La azucena roja*, donde un per-

sonaje, basado en Verlaine, escribía sus mejores poemas en papel de liar y se los fumaba delante de unos admiradores horrorizados.

El contraste entre Rimbaud, el irritable y terco alborotador, dispuesto a renunciar a una carrera tras otra hasta que terminó enfermo, descorazonado y prácticamente sin amigos, y Verlaine, el sutil y autocompasivo tergiversador, rápido en sucumbir hasta a sus peores impulsos; este contraste me fascinaba. Con poco más de veinte años, escribí una obra de teatro sobre Rimbaud y Verlaine, que circuló, pero que nunca se llevó a escena; como me explicó un productor: «O Rimbaud es un genio al que todo le está permitido o es un niño mimado. El genio es imposible de plasmar en el escenario, así que, por defecto, acaba mostrándose como un intolerable buscarruidos y un ingrato».

Mi única guía en mis años de bachillerato era la meditación de Wallace Fowlie sobre la vida de Rimbaud y la biografía más extensa de 1936, escrita por Enid Starkie, pero estas estelas del meteorito Rimbaud bastaban para darme esperanzas en calidad de homosexual desesperado que se odiaba a sí mismo, en calidad de aspirante a escritor y en calidad de mariquita rebelde. Yo también quería tender la mano a escritores maduros de Nueva York y que ellos me la estrecharan en señal de bienvenida, como Verlaine había acogido al desconocido Rimbaud (y le había mandado el dinero para el billete de tren a París). Yo también quería escapar del tedio de mi mundo de pequeñoburgués y abrazar la bohemia. Yo también quería renunciar a años de aprendizaje y apuntar a la cima artística como prodigio y no como esclavo. Yo también quería hacer que los hombres abandonaran a sus esposas y huyeran conmigo.

Quizá lo peor que he hecho en mi vida fue denunciar a un profesor de Cranbrook por fumar marihuana. Finalmente le echaron y durante años estuvo sujeto al escrutinio del FBI, al que las autoridades de la escuela habían dado el chivatazo. Lo que nunca les dije es que yo me había acostado con aquel profesor y que le había denunciado por fumar marihuana aquel mismo día. Ciertamente, el odio hacia mí mismo, mi deseo de tener una trampa junto a la cama por la que arrojar la «evidencia» de mi enfermedad y de mi pecado, lo mismo que mi resolución de no sentir más tentaciones, desempeñaron su papel en mi asqueroso comportamiento. Y quizá estaba resentido y alimentaba mi decepción porque mi profesor quería acostarse conmigo pero no me amaba (estaba casado). Ahora, todos estos años después, me pregunto si el ejemplo «satánico» de Rimbaud no tuvo una influencia decisiva en mi deplorable conducta.